

*La narrativa chilena. Desde la Independencia hasta la Guerra del Pacífico.* Tomo I: 1810-1859 (409 pp.). Tomo II: Costumbres e historia: 1860-1879 (415 pp.).

FORESTI, Carlos; LÖFQUIST, Eva; FORESTI, Alvaro.

Santiago, Editorial Andrés Bello, 1999 y 2001, respectivamente.

Dieter Oelker

Universidad de Concepción

Los autores de los dos tomos de *La narrativa chilena* conciben su obra en función de lo que denominan el *proyecto literario nacional*. Ellos destacan “el énfasis que los intelectuales [de la época] dan a la historia y las costumbres chilenas como asuntos literarios”, y observan que ello “tiene como objetivo afirmar lo chileno frente a lo extranjero” (I: 120). Consecuentemente, reflexionan tanto teórica como históricamente sobre las dos manifestaciones del *proyecto*. Ellos estudian la *narrativa histórica* como expresión de “una fuerte tendencia fundacional” y los *relatos costumbristas* como “modo de presentar la vida del país y de la nación” (I: 18).

La estructura y el desarrollo de la obra reflejan en cada uno de sus tomos esa concepción rectora de los autores. La presentación teórica ocupa cada vez la primera parte de los tomos, presidida en el primero de ellos por un *Panorama histórico y socioeconómico de Chile 1810-1879*. La segunda parte está reservada a “la presentación concreta de las narraciones” (I: 18), en el primer tomo a la *Narrativa 1810-1859* y en el segundo, a los *Textos de ficción histórica*. Cada uno de los volúmenes incluye *Anexos*, *Referencias de la bibliografía citada* e *Indices*; pero echamos de menos, al final de la obra, una parte conclusiva, presentación crítica de los resultados de la investigación y proyección reflexiva de estos avances, más allá del período estudiado.

El conjunto de narraciones, objeto de análisis, incluye junto a las canónicas, relatos olvidados o ignorados, “pero importantes para una vida literaria intrahistórica” (I: 15). Los autores logran dar con esos textos gracias a una revisión minuciosa de las publicaciones periódicas, revistas y diarios de la época, en un número superior a los doscientos títulos. El *corpus acumulativo* que resulta de esta actividad incluye, finalmente, novecientos textos narrativos y sobre dos mil, si a ellos se suman los de carácter no ficticio.

La conformación de un corpus de tal magnitud se debe a un modo dife-



rente de enfrentar la historia literaria, “más allá de cualquier convención preceptiva”, pero cuidadoso de seleccionar sólo narraciones con ciertos “rasgos de literaturalización que traspasen la información pura” (I: 89). Gracias a este procedimiento se logra identificar un importante número de *relatos germinales* publicados entre los años 1810 y 1839, es decir, en el período que tradicionalmente se caracteriza como de “silencio narrativo”. Por desgracia, los autores de *La narrativa chilena* no entregan aunque tan sólo fuera una selección de esos relatos en versión completa. Posiblemente sea por eso que su clasificación en *narraciones enmarcadas* que se presentan como “épico-germinales” y “aforísticas”, y *autónomas* que se caracterizan como “aforísticas” y “cerradas” (I: 158-159), sea asumida como necesaria aunque quizás algo incierta por el lector de la obra. Por otra parte, para estudiar la *narrativa en consolidación* de las décadas del cuarenta y el cincuenta, que “ya tiene su propio relieve” y manifiesta una “específica conciencia creadora” (I: 90), recurren al esquema tipológico de Wolfgang Kayser, que se fundamenta en lo que él denomina “los tres estratos sustanciales de toda épica”: *espacio, acontecimiento y personaje*.

El propósito de los autores de *La narrativa chilena* es “buscar principios sencillos y básicos para hablar de lo narrativo” (I: 17), que aparecen perfectamente identificables en la exposición de los fundamentos teórico-metodológicos que orientan su reflexión. Sus supuestos fundamentales son, por una parte, la necesaria articulación que existe entre el texto creado y el contexto histórico y, por otra, el imperativo de estudiar la literatura de cada país hispanoamericano “como un corpus con su propia especificidad” (I: 74). Para proceder en consecuencia y avanzar hacia lo literario de los textos, se valen los autores de los conceptos de *repertorio, estrategia y realización* propuestos por Wolfgang Iser, con el fin de dar cuenta de la conformación de la “situación literaria” con la participación del lector. El escritor “tamiza la realidad extra-estética” en función de su *horizonte ideológico*, de manera que “la obra literaria se convierte en un entretejido de *ideologemas*” (I: 76) que apela y necesita de la actividad constitutiva del lector. Para una mejor operativa de la lectura de los relatos en conformidad a los supuestos teóricos y función de sus principios metodológicos, crean los autores tres *modelos de apoyo*: el “sistema modelizador” centrado en la realidad extra-estética de los textos, el “esquema actancial” que busca dar cuenta de “la estrategia elegida y vigente en el texto” (I: 77) y la “hipótesis de lectura” que atiende al proceso por el cual se acerca el lector real al lector modelo postulado por la narración.

Obviamente, no deja de sorprender la tan variada procedencia teórica—Kayser, Iser, Losada, Bajtin, Lotman, Genette, etc.—, sea de los conceptos que sustentan la tipología, sea de los supuestos teórico-metodológicos, sea de los principios en que se fundamentan los modelos de apoyo. Pensamos que esta diversidad se explica porque los autores estiman compensado el

riesgo de la incoherencia teórica por la eficiencia operativa de sus principios y procedimientos analíticos –eficiencia que, por lo demás, queda demostrada a través de su lectura de los relatos.

Aunque el esfuerzo de los autores se concentre en la “aproximación analítica particular” (I: 19) a las narraciones que han encontrado, no puede ser objeto de esta nota una detenida consideración reflexiva y crítica de sus propuestas. Sin embargo, debemos destacar que “rotas las barreras de un corpus institucional” (I: 155), identifican para el período de 1810 a 1839 sesenta y tres narraciones dispersas en las publicaciones periódicas y siete incluidas en la obra de Juan Egaña. Por su parte, en la etapa siguiente de 1840-1859 presentan en el primer decenio –después de reflexionar sobre la permanencia de la Ilustración e injerencia del Romanticismo– a un total de cincuenta y ocho textos, algunos folletinesco-sentimentales y los más artículos de costumbres, siendo los autores de mayor relevancia José Victorino Lastarria y Jotabeche. En la década siguiente no desaparece la tendencia folletinesco-sentimental, pero “se incorpora la visión de la sociedad con más fuerza y la mirada crítica se acentúa tanto en las narraciones de ficción pura como en los artículos de costumbres” (I: 256). El conjunto está conformado por setenta y cinco textos, algunos anónimos y la mayoría de autores ya conocidos como Arteaga Alemparte, Barros Arana, Bello, Bilbao, Alberto y Guillermo Blest Gana, Concha, Bonifacio y Pedro Díaz Gana, Donoso, Lattapiat, Matta, Torres y Daniel Barros Grez.

Importante es, sin duda, el deslinde entre *historia*, *realismo* y *costumbrismo* que proponen los autores de *La narrativa chilena* en el primer tomo y retoman en el segundo volumen de su obra. Para ello se basan en los planteamientos de Tomás Albaladejo, quien distingue tres tipos de modelos de mundo, cada uno de los cuales mantiene un nexo específico con la realidad empírica. Consecuentemente, el *texto histórico* se construye, con respecto a esa realidad, conforme al modelo del primer tipo, esto es, sin falsearla en absoluto. El *costumbrismo*, por su parte, “es una aproximación ‘focalizada’ a la realidad efectiva, cuya actualización es (a), historia inmediata según modelo de mundo I, o (b), ficción según modelo de mundo II” (II: 20), vale decir, un reordenamiento de la realidad que tiene por resultado un mundo imaginado, pero no contradictorio ni inverosímil en su relación con la realidad real. Los textos costumbristas del tipo (a) “que no trasciende[n] la realidad efectiva que lo[s] origina”, reciben el nombre de “artículo-crónicas”, mientras que los del tipo (b) que “utilizan la realidad y sus códigos (...) como repertorio que estructuran con su propia estrategia” (II: 22), se denominan “socio-escénico-costumbristas”. La diferencia entre estos relatos del segundo tipo se establece según si crean “un espacio amplio y dinámico cruzado por una fábula troncal que le da unidad argumental al mundo ficticio”, o si recogen “lo consuetudinario y repetible en un lugar y tiempo para describirlo o criticarlo” (II: 23).

El costumbrismo es, pues, para los autores una forma de *realismo*, de “recreación de la realidad” (I: 143), que se constituye en “reflejo de hábitos y costumbres teñidos de localismo témporo-espacial” (I: 145). No cabe duda que el presente recuento de impresiones resultantes de una primera lectura de la obra no basta para discutir este concepto de realismo, ni tampoco para preguntar críticamente si “las fronteras entre historia incluida en un texto literario y su realismo artístico” quedan efectivamente determinadas por “la reconstrucción y recreación de la realidad” (I: 143). Más bien es interesante constatar que los planteamientos en que se sostiene la obra, antes que dejar indiferentes, apelan a la reflexión del lector.

La segunda parte del segundo tomo de *La narrativa chilena* se centra en los relatos de ficción histórica. Preferentemente, “estos relatos ubican su acontecer en uno u otro de dos grandes contextos históricos chilenos: *Guerra de Arauco y Guerra de la Independencia*” (II: 205). Los autores ordenan su material temáticamente, primero en torno al conflicto entre españoles e indígenas y después, entre indígenas y chilenos, sección esta última en la cual los *Episodios nacionales* de Liborio Briebe ocupan un lugar especial. Pero más allá de obras y autores conocidos, se nos sorprende con la impresionante información sobre autores y textos ignorados que son analizados cuidadosamente, conforme a los principios teórico-metodológicos antes señalados. El último capítulo de *La narrativa chilena* está dedicado al estudio de Daniel Barros Grez, porque “es el escritor que responde con mayor claridad a las exigencias del proyecto literario nacional” (II: 285), eso es, a la concepción y el desarrollo de una literatura en función de la historia y las costumbres de Chile.

Carlos Foresti, Eva Löfquist y Alvaro Foresti, todos ellos investigadores del Instituto Iberoamericano de la Universidad de Gotemburgo, nos entregan una obra digna de elogio y admiración. Es un trabajo cuya riqueza informativa procedente de fuentes olvidadas o ignoradas lo convierte en un manual imprescindible y de consulta obligatoria para todo investigador interesado en la historia de la literatura chilena. No se estará siempre de acuerdo con la construcción teórica en que los autores fundamentan su lectura de los textos, pero debe reconocerse su eficiencia operativa ante un corpus de gran magnitud. Los autores advierten que su obra “ha sido escrita más como un libro de consulta que de lectura continuada” (I: 20). Seguramente es así, pero quien decida no atender a esa advertencia y lea el texto en su sucesión, se encontrará con una obra importante y meritoria que lo invita a conocer los inicios del desarrollo literario chileno, obra que supone una lectura atenta y crítica, obra que aparece concebida al eco de voces que se van perdiendo en el tiempo, obra que por todas estas razones despierta nuestro reconocimiento e interés.